

Mithlayh. [مثلية](#) (Lesbiana) Seudónimo: PANDORA Y EL DESEO.

Mohamed miró el reloj de la pared con nerviosismo. Aamaal con miedo.

—Las siete y nuestra hija sin llegar. Sabe que a esta hora la quiero aquí, gritó.

Aamaal como era habitual se mordió la lengua. Fijó la vista en la tetera de plata de su suegra. Se dejó hipnotizar por ella. Se evadió.

Mohamed se levantó del sofá refunfuñando. Bajó el sonido del televisor y subió el de la radio, una radio que junto a la tetera y otros enseres cargó en la baca de su viejo Renault, en plena resaca olímpica rumbo al barrio obrero de San Idelfonso de Cornellà junto con su mujer y su preciosa hija Kala acurrucada en los brazos de Aamaal. Mohamed se fijó de nuevo en las agujas del reloj y en la tetera berebere que había pertenecido a su madre.

—Sírvenme un poco de té — le ordenó a Aamaal y dejó el Corán junto a la tetera.

Aamaal obediente vertió el té hirviendo en los vasitos morunos. El olor a menta impregnó el ambiente cargado de tensión. Se oyó la puerta. Siempre hace lo que le da la gana, gritó Mohamed mirando el reloj. Contrariado elevó la mano derecha apuntando con el dedo amenazante, mientras esperaba de pie.

Por fin está en casa, suspiró aliviada Aamaal preocupada por el atentado terrorista que se había perpetrado en la Rambla de Barcelona. Sufrió en silencio por Kala. Era diferente, una diferencia repudiada en el mundo musulmán.

La radio seguía relatando el terrible suceso, mientras que la televisión mostraba el drama. Hubiera preferido escuchar al locutor de la televisión catalana, pero Mohamed obligaba a escuchar Radio Marruecos. Oyó los zapatones negros de cordones, tan poco femeninos, que acostumbraba a calzar su hija. Esas pisadas fuertes y vigorosas, idénticas a las de su suegra. Fijó hechizada la vista en la tetera, ensimismada en sus intuiciones.

La despertó de sus ensoñaciones y recuerdos la voz enfurecida de su esposo: Kala ven ahora mismo. Creyó escuchar a Kala: Puto sintegristas, mientras se acercaba.

Sintió miedo. Era así desde hace mucho tiempo, desde que Kala dejó de ser niña.

La tensión se apoderó del ambiente. Las imágenes de la televisión eran espeluznantes. La mirada de su marido también.

Kala entró a la sala. Saludó en catalán. Lo hizo adrede, sabía que enfurecía a su padre, que le contestó: *as-salamaleikom*.

Mohamed sintió vergüenza al mirarla. La vio desplomarse como un saco de maíz sobre el puf de cuero rojo, quitarse los zapatones y poner los pies en la alfombra desafiándolo. De hoy no pasa, se dijo furioso, ¡esto se acabó! No puedo permitir este pecado capital, debe arrepentirse y casarse. Recordó las palabras de su gran amigo el Imán del barrio: Obediencia a Al-lah. Estaba decidido a casarla con un buen musulmán, que siguiera las enseñanzas del Corán, que la hiciera entrar en razón, alguien como el Imán, su gran amigo Hamal. No le importaba el sufrimiento de su esposa. Aamaal estaba bajo su cuidado, su protección, no se opondría, no podía y no se atrevería a oponerse a su decisión.

Aamaal ni se atrevió a responder al saludo de su hija. Bajo la vista, cogió el vaso y sorbió un poco de té. Al dejar el vaso se fijó en la ropa de Kala, más propia de un muchacho que de una chica en edad casadera. Siempre lo había sabido y lo había obviado, un secreto a voces como el de su suegra. La radio relataba el atentado sufrido en Barcelona. Aamaal sintió una gran opresión en el pecho. Un tic nervioso le llevó a acariciarse el cabello, pero se topó con el pañuelo. Kala con el pelo corto a lo garçon y sin pañuelo. Jamás la casarían. Fijó hipnotizada la vista en la tetera. Se le removieron las entrañas al recordar la confesión de su suegra y al mirar a su hija, idéntica a su abuela. Le pesaba su secreto. Ocultó el temblor de las manos bajo Caftán mientras escuchaba los gritos de su esposo. El tiempo se ha esfumado sin entrelazar verdaderos lazos. Haciamucho que no hablaban de nada, pensó Aamaal. Miró de reojo a su hija y se fijó en sus ojos negros. Ojos negros azabache, almendrados como los de su abuela.

Mohamed también miró a Kala y no pudo evitar compararla con su mujer: Aamaal vestida elegantemente con uncaftán a juego con el pañuelo y las manos decoradas cuidadosamente con henna. Era femenina. Respetaba el Corán. No como Kala, su hija, que ni respetaba el Ramadán. Culpaba a Barcelona por ello. Se acabó, he de casarla, antes que esta vergüenza sea un secreto a voces, se dijo y volvió a gritarle a su hija, gritos llenos de odio.

— Queréis un poco de té, dijo Aamaal en un intento de romper el hielo y la tensión de la situación.

Vertió el té endulzándolo con un par de dátiles. Aamaal conocía a su esposo. Temió lo que ahora le venía encima a su hija y después en la soledad del dormitorio a ella. De nada servía oponerse, era mejor asentir, guardar su secreto. Bastantes desgracias habían ocurrido hoy, pensó. Y calló, calló muerta de pánico. Se odió a sí misma por no levantarse y apoyar a su hija.

Sírveme un poco más de té, le dijo su marido, que dejó por un momento de gritar. Aamaal obedeció. Está viejo pensó, le han salido canas en las sienes que manchan de blanco su gran cabellera negra. Setenta años y yo cincuenta. ¡Cómo pasa el tiempo! pensó al mirar la piel arrugada de las manos disimulada bajo los tatuajes de henna. Añoró su barrio allí en Tánger. ¡Cómo hemos envejecido! Sirvió el té a su esposo y decidió callar como siempre y, como siempre, seguir igual: sufriendo bajo su velo. Intentó disimular los sollozos y miró la televisión: muertos y heridos. Un gran sollozo de pena ahogó su repulsa, su angustia. Fijó de nuevo la vista en la tetera, su suegra, su suegra, los genes de su suegra ahora en su hija, su presentimiento, su gran temor el día que Mohamed lo descubriera. Temió su ira.

—Kala te casarás el verano que viene. Anoche lo decidí con tu madre —escuchó decir a su esposo con un vozarrón que le impidió a Aamaal escuchar en la radio los detalles del atentado que les tocaba tan de cerca.

Mohamed tomó el vasito de té y al dejarlo junto a la tetera pensó en su madre: los mismos ojos que Kala e incluso los mismos modales. Este pensamiento le produjo repulsión. Su madre no podía, no, no podía...no, eso no, imposible, su madre no podía ser...su hija, tampoco, este era el noveno de los pecados "kaba'ir". Su

esposasacó un pañuelo del bolsillo de caftán. Mohamed se fijó en su belleza. Se casó con ella cuando era una niña y la moldeó como a una vasija de barro.

Basta de lloros, soltó gritando con los ojos llenos de sangre. Kala pensó: putos integristas, pero no se atrevió a decirlo. Se mordió la lengua.

Mohamed se fijó en ambas mujeres, que apretaban los dientes para tragarse las palabras. Ambas le temían, cómo debe ser, pensó. Hubiera preferido una hija terrorista que la que tenía enfrente, una, una, gritó... Su mujer continuaba sollozando, por los muertos, por los terroristas, por su hija o por todo. Intentaba disimularlo, como era su costumbre.

Kala no aguantó más, su paciencia se agotó. Hoy era el día, rompería con todo, se iría de casa para siempre. Se calzó sus zapatones y se levantó del puf dejándole con la palabra en la boca. Lanzó las llaves con tanta fuerza que volcaron la tetera y se vertió el té sobre el Corán.

Aamaal miró de nuevo la tetera intentado evadirse, pero no pudo. La radio relataba los sangrientos atentados. La tele mostraba las imágenes. Intuyó que Kala, su pequeña se había ido para siempre. Se aguantó las lágrimas. Hoy era un día muy triste, terriblemente triste, un día inolvidable.

Mohamed escuchó estupefacto sus gritos de ira: putos moros integristas y la vio alejarse, dar un portazo.

Era una réplica de su madre... No puede ser, no puede ser "Mithlayh"... maldijo, y cayó arrodillado mientras abrazaba el Corán entre sus brazos.